

Por lo pronto el cinematógrafo es ante todo potenciador de la finitud. El tema de nuestro tiempo es la finitud y lo finito, y el cine, en general la técnica en su tercer estado, potencian la oscura realidad fundamental de las cosas, en cuanto cosas. El cinematógrafo, en cuanto hace al niño más niño, al árbol más árbol, nos pone ante la finitud enigmática, pero al cabo finitud.

La inmersión en las cosas de que hemos hablado, trascendencia de lo finito, nos enseña a superar la finitud en la finitud misma. De aquí que el «cine» tenga, y hasta ahora había rehuído el empleo del término, un enorme poder existencial que provoca en el espectador una actitud existencialista. Hasta tal punto manifiesta el cine la finitud de lo finito que me atrevería a decir, con el ruego anticipado de que no me tachen de pedante, que el espectador cinematográfico es, en cuanto tal, «nominalista». En el «cine» reina lo concreto. El espectador de este espectáculo aprende a amar o aborrecer las cosas por las cosas. Incluso ha aprendido a amar de un modo nuevo los cuerpos, miembro a miembro, parte a parte.

El cinematógrafo revelando la importancia de las cosas en cuanto cosas, nos ha enseñado a considerarlas de un modo nuevo, como abiertos a algo en su finitud. Merced a él podemos intentar una hasta ahora inédita clasificación de las cosas por su sentido. En el peculiar mundo del «cine» hay pues, cosas cuyo sentido es la permisión, como una ventana o una caja, cosas prohibición como un muro o una cadena, cosas que se han hecho a sí mismas, como las ruinas, y cosas que se dejan hacer, cosas parejas y únicas, cosas que son unión, como la presencia de un cable telefónico y separación.

Hasta que el «cine» denunció la importancia de su recóndito sentido las cosas permanecieron silenciosas, pero hoy asistimos a la revelación de las cosas, que no es sino la revelación de la finitud. La técnica en su tercer estadio, concretamente el «cine», han puesto al hombre ante la inquietud de lo finito.

